

# A LA MEMORIA DE RAMÓN GAYA

---

## Fulgencio Saura Mira

Se nos ha ido Ramón Gaya. Acababa de cumplir 95 años cuando el maestro nos ha abandonado, aunque deja una intensa obra pintada y escrita. Nos deja su pensamiento y su huella, algo tan esencial y bello que Murcia puede estar orgullosa de su hijo predilecto.

Cuando yo era un crío y comenzaba a pintar con mi padre Saura Pacheco, de vez en cuando acudíamos a ver a Garay que a la sazón habitaba en el barrio de Santa Eulalia, su figura mas parecía duende o a ánima bendita que ser humano, pero desde su perfil estrafalario nos invitaba a contemplar, de vez en vez, alguna acuarela de Gaya que guardaba como oro en paño en

su estudio. Las enseñaba meticulosamente y con el ritual necesario. Eran pequeñas acuarelas que sacaba de una carpeta empolvada y ocre. De pronto la situaba en un quicio de estantería y brillaba por si misma. Se trataba de un vaso con una flor y nada mas, apenas unos trazos para no romper el alma y la belleza del cristal. A veces eran figuras de huertanos, solitarios y con una palmera de fondo. Todo estaba allí, en aquellos sucintas aguadas.

Pasaron los años y se me quedaron metidas en la retina las acuarelitas de Gaya, el encanto del color y el dibujo, aquella manera de ver las cosas, de acariciar la naturaleza desde su perfil de

pintor y poeta. Porque intuía que en sus acuarelas y lienzos se rozaban palabras y un hondo conocimiento de la pintura. Se agitaba en su envoltura de voces y aguadas, de pinceladas esbozadas, todo un germen de la genialidad, como si en los esbozos, a modo de apuntes rápidos, se contuviera la esencia del arte.

Después al tener su obra en Murcia, tras su vuelta a la ciudad que tanto amara y escribiera, una vez fundido su arte con la huerta y la ciudad pude intuir ese magistral modo de deslizar la mano sobre el caballete. Pude comprender al hombre que de niño me habían hablado tanto, desde Garay a Bonafé, desde Fuentes a Antonio de Hoyos-.

Gaya se nos ha ido. Lo he visto en numerosas ocasiones en Murcia y La Alberca, presentía su silueta con su rostro venerable, como de viejo pintor inefable, incluso su trato también asimilaba ese fuero tan personal. Leí sus poesías y las narraciones exquisitas sobre Murcia, la huerta, los paisajes, el modo de asumir su encuentro. Busqué con anhelo sus esfumatos de palabra y color, sus sutiles homenajes a los mas excelsos artistas, como su voz radical y presurosa

sobre Velázquez y esa “roca de España” que es el Museo del Prado. Sin duda que Ramón Gaya fue un gran visionario, un mago del color y la palabra. Conjuntaba esas facetas de nervadura sustancial y se hace necesario tornar a su personalidad como mirar la nervadura de sus pinceladas. Todo se aúna en un haz de milagro que brota por sí mismo. Seguro que apenas tuve ocasión de dialogar con el poeta pintor , lo sé porque estaba sumamente avasallado por cientos de admiradores, pero desde mi interior lo admiraba y seguía su latido, releo ahora sus textos y sé que hubiéramos hecho gran amistad en los buenos tiempos de bohemia, con las otras voces de Parrága, mi compañero en Madrid y Paris, con Garrigós en noches de auroros del Rincón de Seca, con Valbuena Briones o Martínez Sarrión embozados por la cercanía de la Universidad. Lo sé pero ya es tarde y sin embargo busco su palabra en los quicios de los cafés disidentes, en las sombras de las rosas otoñales, en cada roce de otoño con el aire vestido de luto y las opacas lunas sintiéndose en los charcos de una lluvia que no llega o acaso lo hace de otra forma. Lo sé pero ya es tarde.